

CAPÍTULO XI

Operaciones en el San Juan

Gran parte de los tipos y materiales de imprenta y el papel pertenecientes a la oficina de «El Nicaraguense» fueron destruidos o se perdieron en la retirada de Granada. Por este motivo y pocos días después de haberse trasladado el cuartel general del ejército a Rivas, Rogers, subsecretario de Hacienda, se fue a San Juan del Norte con el objeto de comprar los materiales necesarios para la publicación del periódico que había sido suspendida. Unos oficiales en goce de licencia bajaron el río en el mismo vapor que Rogers. Lockridge, que había desplegado actividad consiguiendo emigrantes para Nicaragua, iba también a bordo de camino para Nueva Orleans. Parecía muy deseoso de servir la causa de los americanos de Nicaragua, y como no había en el ejército ningún puesto a propósito para él, se le envió a los Estados Unidos con la esperanza de que fuese útil allá. Emilio Thomas y su hermano Carlos fueron igualmente a San Juan del Norte en aquella ocasión.

Cuando estos pasajeros navegaban río abajo, vieron unas balsas sospechosas que venían flotando por la boca del San Carlos, y Emilio Thomas, hombre cuidadoso y discreto, conocedor del país y de sus habitantes, aconsejó averiguar lo que significaba aquel hecho extraño. Algunos han querido echar a Rogers toda la culpa de que se dejara de seguir el consejo de Thomas, y no faltaron personas que atribuyeran la negligencia a un propósito deliberado; pero cualesquiera que hayan sido los pecados anteriores de Rogers,

es preciso reconocer que sirvió la causa de Nicaragua con una rectitud de miras y una actuación tan honrada, que debieron haber avergonzado a los que hablaron mal de él. Y aquella vez iban a bordo del vapor oficiales obligados por su profesión a averiguar lo que significaban las balsas, siendo así que esto no tenía que ver con el cargo servido por Rogers, ni con las órdenes que llevaba. La responsabilidad de no haber hecho caso de las balsas debe recaer sobre otros y no sobre el subsecretario de Hacienda.

No hacía mucho tiempo que el vapor había pasado por la boca del San Carlos cuando se vio claramente lo que significaban las balsas. El 23 de diciembre¹, mientras estaba comiendo la compañía estacionada en la desembocadura del Sarapiquí², fue sorprendida por una columna de unos 120 costarricenses al mando de un individuo llamado Spencer³. Cuando Thompson, comandante del Sarapiquí, fue atacado por Spencer, no tenía centinelas puestos y las armas de los soldados estaban a corta distancia del lugar en que éstos comían. Spencer llegó a retaguardia del campamento americano y habiendo hecho que un soldado subiese a un árbol, pudo enterarse con certeza del estado del campo de Thompson. La sorpresa fue completa y la mayor parte de los americanos quedaron muertos o heridos. Thompson cayó prisionero; su conducta y su valor han sido encomiados por los costarricenses y éstos le pusieron en libertad poco después de haberlo llevado a San Juan del Norte. Bien hacen los costarricenses en elogiar a Thompson, ya que por haber descuidado éste criminalmente sus de-

¹ Debiera decir el 22 de diciembre. N. del T.

² En el lugar llamado La Trinidad. N. del T.

³ Esta expedición la mandaban el teniente coronel D. Pedro Barillier y el capitán don Máximo Blanco. Spencer servía de consejero por el conocimiento que tenía del manejo de los vapores. N. del T.

beres, pudieron ellos apoderarse del puesto de la boca del Sarapiquí, asegurando así el buen éxito de sus operaciones posteriores.

Spencer había marchado con sus costarricenses hasta un punto situado en el río de San Carlos, algunas millas aguas arriba de su desembocadura, y desde allí hizo bajar su gente en balsas hasta la boca del Sarapiquí. Además de la fuerza que atacó a Thompson el 23, una tropa numerosa marchó al río de San Carlos a las órdenes del general José Joaquín Mora, hermano del presidente Juan Rafael Mora y comandante en jefe del ejército costarricense. La marcha resultó muy difícil por las condiciones del terreno que fue necesario atravesar, porque la región comprendida entre San José y el San Carlos está enteramente desierta y carece en absoluto de medios de subsistencia. El camino seguido por Mora no era más que un sendero y sus soldados tenían a veces que abrirse paso con los machetes por dentro del monte muy espeso. El resultado de la marcha dependía totalmente del buen éxito de los esfuerzos de Spencer para apoderarse del río San Juan y de los barcos que viajaban en él; y, como ya se ha visto, Spencer debió su primer triunfo y el más importante al burdo y criminal descuido de Thompson en el Sarapiquí.

Después de la sorpresa de Thompson, Spencer volvió a sus balsas y se fue a San Juan del Norte, llegando por la noche del 23; en la mañana del 24 tenía ya en su poder todos los vapores del río fondeados en Punta Arenas⁴. El agente comercial de los Estados Unidos en San Juan del Norte hizo una visita al comandante de las fuerzas inglesas que estaban en el puerto, para pedirle que protegiese los intereses americanos contra los soldados de Costa Rica. A esta solicitud el capitán Erskine del «Orion» contestó que

⁴ La punta de Castilla. N. del T.

“había tomado medidas desembarcando un destacamento de marinos de uno de los barcos de Su Majestad, para proteger las personas y los bienes particulares del capitán Joseph Scott, de su familia y de todos los ciudadanos de los Estados Unidos de América”; pero en lo tocante a la captura de los vapores añadía:

“Sin embargo y para evitar toda mala inteligencia creo de mi deber manifestar que como los vapores y otros bienes pertenecientes a la Compañía Accesoría del Tránsito están actualmente en disputa entre dos compañías, cuyos representantes se hallan presentes, autorizando uno de ellos la captura, no me juzgo facultado para tomar medidas que pudieran afectar los intereses de cualquiera de las partes. Respecto de la participación de una fuerza de Costa Rica en el apresamiento y traspaso de los vapores mencionados, debo observar que como estos vapores se han estado usando durante algunos meses para embarcar hombres y municiones de guerra en este puerto y llevarlos a la parte con la cual Costa Rica está en guerra, resulta que en mi carácter de neutral el derecho de gentes me prohíbe impedir que uno de los beligerantes realice dichas operaciones”.

De parte de un oficial británico era por supuesto un simple acto de cortesía proteger las propiedades americanas en Punta Arenas; pero la sutileza del distinguo entre la propiedad disputada y la no disputada, era un invento de conveniencia para el caso. Si el capitán Erskine deseaba proteger las propiedades americanas, claro está que debía amparar a los que estaban poseyendo. En cuanto a la cuestión de saber si a Costa Rica le asistía el derecho de capturar los vapores, ésta se plantea mejor preguntando por qué no tenían los Estados Unidos en San Juan del Norte una fuerza naval en aquel entonces.

Habiéndose apoderado Spencer de los vapores del río que estaban en el puerto de San Juan, se fue a la

boca del San Carlos y comunicó el feliz resultado de las operaciones al general Mora, el cual se hallaba en El Muelle algunas millas aguas arriba del mismo río. Al acercarse el vaporcito que Spencer mandó por el San Carlos a un piquete costarricense montado en una balsa, los soldados, atemorizados por el aspecto y el ruido de una embarcación nunca vista por ellos, se tiraron al agua y perecieron ahogados, bregando por llegar a la orilla⁵. Según informes costarricenses, Mora tenía en El Muelle 800 hombres y aguardaba 300 más que debían llegar de un momento a otro⁶. Para abastecer a esta fuerza, 600 hombres se ocupaban en llevar provisiones desde la capital hasta el río. Gran parte del transporte entre estos dos puntos se hacía a hombros, porque la vereda es mala hasta para las mulas.

Los costarricenses ocuparon inmediatamente el Castillo, y habiendo tomado Spencer el vapor que atraviesa el raudal del Toro logró fácilmente, ocultando su gente, apoderarse del vapor del lago, «La Virgen», a la sazón anclado en la boca del río Sábalo en espera de que Rogers regresase de San Juan del Norte. Siguiendo luego para el fuerte de San Carlos, hizo venir a bordo del vapor con engaños al comandante, capitán Kruger. El primer teniente de Kruger había sido enviado al cuartel general para asuntos relativos a la guarnición de San Carlos, y a su segundo teniente, Tayloe, lo mataron en Granada al marchar con Waters como voluntario en auxilio de Henningsen. De modo que después de la captura de Kruger por Spencer el fuerte quedó a cargo de un sargento, y Kruger se olvidó de sus deberes hasta el punto de dejarse arrancar

⁵ Alude Walker a los 50 costarricenses que a las órdenes del capitán Ezequiel Pi bajaban en botes y balsas por el San Carlos, cuando se encontraron con el vaporcito «Bulwer». Creyendo que en él venían filibusteros, huyeron a tierra y seis murieron ahogados. N. del T.

⁶ El general Mora sólo llevaba 500 hombres. N. del T.

por Spencer, con amenazas de muerte, una orden para que el sargento entregase el fuerte al enemigo. El sargento, tomado por sorpresa, es menos culpable por haber obedecido la orden que su capitán por haberla firmado.

Así se adueñaron los costarricenses del río de San Juan, desde el fuerte de San Carlos hasta el mar; también tenían en su poder el más pequeño de los vapores del lago, «La Virgen», en el cual tomaron algunas armas y municiones destinadas al ejército de Nicaragua. Pero la ocupación del río y la toma del vapor eran relativamente inútiles para ellos y sin perjuicio para Walker, si no capturaban el «San Carlos». La pérdida del río habría podido repararse fácilmente con las fuerzas que estaban en Rivas; pero la del dominio del lago era mucho más seria. Spencer sabía bien que no le era posible arriesgarse a salir al lago en el vapor «La Virgen» mientras estuviese en poder de los americanos el «San Carlos», más grande y más rápido; por lo tanto persuadió a Mora de que no moviese a sus costarricenses hasta que el «San Carlos» entrase en el río con pasajeros de California para los Estados del Atlántico.

Temprano de la tarde del 2 de enero de 1857, arribó el «Sierra Nevada» a San Juan del Sur procedente de San Francisco. Pocas horas después sus pasajeros estaban a bordo del «San Carlos», listo para atravesar el lago. En Rivas había habido alguna inquietud por el mucho atraso del vapor «La Virgen» en el río; pero era fácil imaginar motivos para explicarlo. De suerte que el «San Carlos» se acercó sin desconfianza al fuerte del mismo nombre, con sus pasajeros, y entró en el río sin haber visto nada sospechoso en tierra; pero una vez que el vapor hubo pasado delante del fuerte, Spencer, que se hallaba con una fuerza costarricense en uno de los vapores del río, interpelló al «San Carlos» intimándole rendición. A

bordo de éste estaban unos oficiales nicaragüenses que se dirigían a los Estados Unidos; pero en medio de la confusión originada por la sorpresa, Spencer subió al «San Carlos», apoderándose de él. El capitán del vapor, un danés intrépido y de sangre fría, propuso hacerlo volver al lago, pasando bajo los cañones del fuerte, y esto habría sido posible sin correr gran peligro ni perder muchas vidas; pero Harris, el cual estaba interesado, junto con su suegro Morgan, en el tránsito por Nicaragua, acertó a estar a bordo del vapor y no pudo dar al capitán Ericsson el permiso de hacer lo que proyectaba. Con la rendición del «San Carlos» los costarricenses consiguieron tener el dominio del lago, pudiendo así comunicarse rápida y fácilmente con los Aliados de Masaya, a la vez que Walker quedaba privado de toda comunicación directa con el mar Caribe.

Es evidente que el buen éxito de las operaciones de Mora en el río de San Juan se debió a la habilidad y arrojo de Spencer⁷. La marcha hasta el río de San Carlos, con todos sus gastos y todas sus fatigas, habría sido inútil sin el auxilio de la mano atrevida que se apoderó de los vapores del río. El triunfo de Spencer fue la recompensa de una audacia que en la guerra suple a menudo los planes bien madurados y las combinaciones sesudas. La fortuna que proverbialmente favorece a los hombres valerosos, ayudó por cierto mucho a Spencer en sus operaciones. Más tarde quiso Mora depreciar los servicios que le prestó Spen-

⁷ Walker, por orgullo de raza y odio a los costarricenses que le asestaron los más rudos golpes que recibió en la guerra de Nicaragua, atribuye todo el mérito de la admirable campaña del San Juan al norteamericano Spencer; pero si bien es cierto que los consejos y datos suministrados por éste fueron preciosos, también lo es que sin el valor y abnegación de las tropas costarricenses no habría sido posible realizar las hazañas que hirieron de muerte a los filibusteros. N. del T.

cer, y la dureza de éste para con los soldados obligó al general costarricense a deshacerse de él; pero sería difícil exagerar las ventajas que a los Aliados procuraron los servicios del villano y asesino que por amor al lucro no tuvo escrúpulos en mancharse las manos con la sangre de sus compatriotas que batallaban por sostener los derechos de su raza contra un enemigo cruel y vengativo.

Por desgracia para la especie humana, Spencer no fue el único americano que colaboró con los costarricenses para despojar a los nicaragüenses naturalizados de los derechos que habían adquirido en Centro América. No ha de causar sorpresa la conducta de los patronos inmediatos de Spencer, ya que el oro es el dios que idolatran y en Efeso habrían perseguido al apóstol por enseñar una religión que venía a destruir su comercio de ídolos⁸. De hombres como éstos sólo los necios pueden esperar alguna elevación de principios o actos desinteresados; pero hay derecho para esperar sentimientos de mayor elevación y acciones más nobles de parte de los que aspiran a gobernar Estados y a dirigir su política. Como las operaciones de Spencer cortaron el tránsito americano por Nicaragua, no deja de ser importante indagar si además de los Moras de Costa Rica y sus aliados de Centro América, hay algunos otros hombres públicos que sean directa o indirectamente responsables de este hecho. Esto es especialmente oportuno en vista de que nada menos que el presidente de los Estados Unidos⁹, en un solemne mensaje anual dirigido al congreso, declaró con la más indecente inexactitud que el tránsito fue cortado en febrero de 1856 por la revocatoria de las concesiones de las Compañías del Canal y Accesorias del Tránsito.

⁸ Spencer obraba por cuenta de Cornelius Vanderbilt. N. del T.

⁹ Su Excelencia James Buchanan. N. del A.

Desde el mes de abril de 1856, el secretario de Estado americano Mr. Marcy había sido notificado por el gobierno de Costa Rica de que éste meditaba la captura de los vapores del río y del lago y por consiguiente la destrucción del tránsito. En aquel entonces Mr. Marcy respondió que este acto no sería mirado con indiferencia por los Estados Unidos. El lenguaje del secretario significaba que el gobierno americano consideraba de su deber impedir semejante cosa; y esta actitud era digna de un ministro americano. No cabe dudar de que Costa Rica, en guerra con Nicaragua, tenía el derecho, no sólo de impedir que esta nación emplease la propiedad de los neutrales para transportar militares y pertrechos, sino también el de tomar esa propiedad y hacer uso de ella, con tanto derecho como Nicaragua. Pero esto no implicaba para Costa Rica el derecho de confiscar propiedades neutrales empleadas por el enemigo con fines de transporte. Los barcos neutrales están sujetos a ser capturados en el mar por un beligerante si éste encuentra a bordo pertrechos de guerra o individuos pertenecientes al enemigo; porque en el mar este acto, de parte de un neutral, es voluntario y no obligado. Pero en tierra o en el territorio de un país que está en guerra, en el cual la propiedad de los neutrales se encuentra enteramente bajo el dominio del soberano beligerante, el acto involuntario del neutral no puede hacerle incurrir en la pérdida de su propiedad. De modo que Mr. Marcy estaba en lo cierto al decir virtualmente a Costa Rica que el hecho de emplear Nicaragua propiedades americanas no implicaba su decomiso por el enemigo si caían en manos de éste, y mucho menos podía justificar la anulación de un privilegio como el que tenían los propietarios de los vapores del lago y del río para transitar por el Istmo. Cuando Walker vio la declaración hecha por Marcy al ministro de Costa Rica, tuvo la seguridad de que los Aliados no se arries-

garían a interrumpir el tránsito exponiéndose a una ruptura con los Estados Unidos. En vista de tal declaración, tampoco es probable que Costa Rica se hubiese atrevido a cortarlo sin tener antes la certeza de que este paso no provocaría actos de guerra de parte de la República americana.

Hasta aquí hemos podido ver la resuelta oposición del secretario de Estado al movimiento americano en Nicaragua; pero tuvo que ceder de mala gana ante la voluntad del presidente en lo relativo a la recepción del padre Vigil. En mayo de 1856 Mr. Pierce aspiraba a que el partido demócrata le nombrase su candidato para la reelección; de aquí que pudiera resolverse a seguir una política que le era antipática a su primer ministro. Después de la convención de Cincinnati, ya le fue más fácil al secretario manejar al presidente; y habiéndose hecho salir de Washington al padre Vigil, Mr. Marcy se vio libre de la presencia de un ministro de Nicaragua. Ordenó inmediatamente a Mr. Wheeler que preguntase los motivos de la revocatoria de la concesión accesoria del Tránsito; sin embargo en agosto se llevó chasco con una respuesta que justificaba plenamente el proceder del gobierno de Rivas; pero si Mr. Wheeler no se plegó a los propósitos del secretario, era fácil conseguir el auxilio británico para expulsar a los americanos de Nicaragua. Y con tal que Mr. Marcy permitiera en silencio al poderío británico que lo hiciese así, podía abrigar la esperanza de que poderosos intereses de la ciudad de Nueva York le ayudasen en sus planes ambiciosos.

Es difícil imaginar que un secretario de Estado americano se prestara a hacerse cómplice de un plan encaminado a expulsar a sus compatriotas del Istmo; pero las pasiones dominantes de Mr. Marcy eran la vanidad de sus opiniones y la ambición de figurar en puestos públicos, y una de ellas había sido herida por la recepción del padre Vigil y la otra se sentía hala-

gada con la esperanza de ganar una fuerte influencia en su Estado. Por otra parte, las pruebas de esta complicidad son demasiado claras para no ser notadas hasta por los menos atentos. Hacia mediados de setiembre de 1856 la Gran Bretaña estacionó en San Juan del Norte una poderosa flota de ocho barcos con varios centenares de cañones y el propósito evidente de influir en el resultado de la guerra en Centro América. No se enviaron allí barcos de los Estados Unidos para vigilar los movimientos o averiguar las intenciones de la flota británica. En el mes de abril anterior se transparentaron los propósitos de la flota, al tratar el navío británico «Eurydice» de impedir que los pasajeros del «Orizaba» subiesen por el río. En aquel entonces el comodoro del escuadrón americano del Caribe había recibido instrucciones de mostrar la bandera de los Estados Unidos en San Juan del Norte; y si era conveniente desplegar esta bandera cuando sólo había un barco británico en el puerto, ¡cuánto más urgente era hacerlo en momentos en que varios centenares de cañones ingleses apuntaban al tránsito istmico!

El secretario del Estado no sólo permitió tranquilamente que una poderosa flota inglesa se estacionase en San Juan del Norte, para aguardar allí que se presentara la ocasión favorable de proceder contra los nicaragüenses naturalizados, sino también que Costa Rica le notificase su intención de cortar el tránsito, caso de tener la fuerza militar necesaria para ello. El 1º de noviembre el presidente de Costa Rica publicó un decreto cuyo artículo segundo dispone que “La navegación del río San Juan del Norte es prohibida a toda clase de embarcaciones mientras duren las hostilidades contra los invasores del suelo centroamericano”. Y el artículo cuarto del mismo decreto ordena que “Los jefes y fuerzas militares de la República harán efectiva esta declaratoria, usando de cuantos medios estén a su

alcance". Esta era una declaración pública y explícita por la cual se le notificó a Mr. Marcy que si deseaba que no se cortara el Tránsito durante las hostilidades entre Nicaragua y Costa Rica, debía situar barcos americanos en San Juan del Norte para oponer la fuerza a la fuerza. Los Estados Unidos tenían en Costa Rica un cónsul para que les diese aviso de los actos del gobierno de este país; y tan enterado estaba el de Su Majestad Británica, Allan Wallis, del movimiento contra el Tránsito, que refiriéndose evidentemente a él publicó en San José, el 26 de noviembre, el siguiente aviso:

"A todos los residentes en esta República que consideren ser súbditos británicos, se les ruega enviar a este despacho, tan pronto como sea posible y a más tardar antes del 20 del mes próximo, sus nombres, profesiones u ocupaciones y lugares de residencia, junto con los nombres de los miembros de sus familias, si las tienen".

Por extraña que la cosa parezca, el secretario de Estado, después de haberse cumplido lo que mandaba el decreto de Mora del 1º de noviembre, no dio ningunos pasos para restablecer el tránsito o proteger contra la intromisión de las fuerzas navales británicas a los que procuraban hacerlo. Estos hechos y otros que adelante se dirán, relativos a la conducta observada por oficiales de la marina americana en las costas nicaragüenses del Pacífico, conducen irresistiblemente a la conclusión de que Mr. Marcy colaboró con el gobierno británico en la política seguida por éste en Centro América.

Se hace necesario echar una ojeada a las interioridades de la política del secretario de Estado, para la debida inteligencia de los acontecimientos posteriores a las operaciones de Spencer en el río de San Juan. Apenas habían tenido tiempo los soldados costarricen-

ses que acompañaron a los pasajeros de California a Punta Arenas de salir en viaje de regreso, río arriba, cuando el vapor «Texas» arribó al puerto de San Juan del Norte con cerca de 200 hombres destinados al servicio de Nicaragua; pero como no fueron recibidos por el gobierno no podían obrar en nombre de éste. Por esta razón Mr. Harris, agente de los propietarios de los vapores del lago y del río, escogió a Lockridge, que se hallaba en San Juan del Norte, como la persona llamada a recuperar los barcos y restituirlos a los contratistas del Tránsito. Según se ha dicho ya, Lockridge había sido enviado a Nueva Orleans en misión especial, y si la tarea de reabrir el tránsito hubiera sido una empresa estrictamente militar, el mando hubiera correspondido, como es natural, al teniente coronel Rudler, el más antiguo de los oficiales que estaban en San Juan del Norte y el mismo a quien se había confiado últimamente la defensa de la frontera del río. Rudler tenía licencia para ir a los Estados Unidos; pero le bastaba romperla y reasumir su derecho de mandar en el río, para ejercer autoridad completa sobre cualquier expedición que se tratase de llevar a cabo en nombre de Nicaragua. Pero el mérito es modesto y discreto y la presunción osada y petulante. Por consiguiente se le dio a Lockridge el mando de la tropa de la cual se esperaba que desalojase a los costarricenses del río, y Rudler salió para Nueva Orleans. Además de los que vinieron en el «Texas», el general C. R. Wheat y el coronel Anderson llegaron el 9 de enero¹⁰ a Punta Arenas, con otros cuarenta hombres de Nueva York, en el vapor «James Adger». No faltaban armas ni municiones para la gente de Lockridge y los pertrechos y bastimentos eran abundantes.

¹⁰ 9 de enero de 1857. N. del T.

Lockridge se quedó algunos días en Punta Arenas trabajando con Joseph N. Scott en arreglar uno de los vapores viejos del río, que ya estaba en desuso, para servirse de él; pero los oficiales de la marina británica no le dejaron trabajar sin ponerle trabas. En la mañana del 16 de enero, el capitán Cockburn del navío «Cossack» de S. M. B. desembarcó en Punta Arenas, preguntando por el comandante de los hombres armados que ocupaban aquel lugar. Al encontrarse con Lockridge, el capitán Cockburn le hizo saber que tenía órdenes del capitán Erskine, del barco de S. M. B. «Orion» y “el oficial más antiguo de los navíos y barcos de S. M. empleados en las costas de Centro América”, para brindar protección a todos los súbditos británicos que estuviesen detenidos y a quienes se hiciera prestar servicio militar contra su voluntad. De acuerdo con sus instrucciones, el capitán Cockburn pidió una lista de todos los que estaban en Punta Arenas y solicitó que se les hiciese formar en su presencia, para poderles leer las órdenes del capitán Erskine. De manera que se sacó la gente a la playa y Cockburn le leyó la orden del capitán Erskine, que terminaba diciendo:

“Si algunos de los individuos de que se trata pudiesen protección como súbditos británicos y sus peticiones le pareciesen a usted bien fundadas, hará usted saber al oficial comandante que a dichos individuos se les debe permitir retirarse del sitio en que se encuentran; y, en caso de que se acceda a esto, les dará usted un pasaje para Greytown o se los llevará a bordo del barco de su mando, para que en él aguarden mi resolución sobre lo que con ellos ha de hacerse, conforme lo deseen. En caso de que el mencionado oficial se opusiera a lo que llevo indicado, le comunicará usted: primero, que a ninguno, quienquiera que sea, de los que se encuentran bajo sus órdenes, se le permitirá

salir del lugar en que actualmente está, para ir río arriba o a cualquier otro sitio, mientras mi solicitud no haya sido resuelta de conformidad; y, segundo, que para hacer respetar los derechos de los súbditos británicos tomaré las medidas que me parezcan más convenientes”.

Diez hombres pidieron y recibieron protección en virtud de la orden de Erskine y se los llevaron de la punta en el bote de Cockburn. Las instrucciones del gobierno de S. M. deben haber sido realmente rigurosas, para que oficiales honorables se vieran por ellas inducidos a rebajarse hasta el punto de incitar a aquellos hombres a desertar la causa que habían abrazado voluntariamente; porque no contento Cockburn con leer las órdenes de Erskine, informó a toda la gente de Lockridge de los peligros que iba a correr atacando las grandes fuerzas que los costarricenses habían concentrado en el río.

Así fue que la desmoralización de la gente de Lockridge empezó desde antes de salir de Punta Arenas. Los americanos —cuando menos los buenos— estaban por supuesto indignados de la conducta observada por los británicos. No es propio de la humana condición respetar a los que ejercen autoridad, cuando éstos se han visto humillados por los actos de otros. De consiguiente, para Lockridge era indispensable ponerse fuera del alcance de la intromisión británica; porque no sólo perdía hombres a diario por la manera de proceder de los ingleses, sino que constantemente disminuía la eficacia de los que quedaban. Al fin se acabó de alistar el vaporcito para subir el río y Lockridge se fue con su fuerza a un punto situado varias millas aguas abajo de la boca del Sarapiquí.

Por la mañana del 4 de febrero llegó de nuevo el «Texas» a San Juan del Norte, procedente de Nueva Orleans y trayendo a bordo a H. T. Titus, llamado

en Kansas el coronel Titus, con unos ciento ochenta hombres. Muchos de ellos habían sido compañeros de éste en Kansas y es probable que la mayor parte fuesen de mejor estofa que su jefe; pero el aire fanfarrón de Titus había engañado a muchos y el conflicto en que decían tomó parte, le había dado cierta notoriedad periodística, haciendo que su nombre fuese conocido como el del jefe de "los pícaros de la frontera"²¹. Lockridge formó con Titus y los suyos un cuerpo aparte, y entre éstos y los que mandaba Anderson no tardó en surgir un sentimiento que más se parecía a rivalidad que a emulación. El capitán Doubleday, que antes había servido en Nicaragua, formaba parte de la tropa de Anderson, así como varios otros que estaban en el mismo caso. Toda la gente de Titus era enteramente nueva en el país.

Poco después de la llegada de Titus se apoderó Lockridge, mediante una reñida escaramuza, de la punta de Cody, altura situada frente por frente de la boca del Sarapiquí, y desde allí emprendió Wheat un cañoneo contra las defensas construidas por los costarricenses del otro lado del río San Juan; pero el fuego de los cañones de Wheat no era como para impresionar seriamente al enemigo, y no fue sino después de haber atravesado el coronel Anderson el río, logrando hostigar el flanco y la retaguardia de los costarricenses con rifles, cuando los americanos resalojaron al enemigo del Sarapiquí, apoderándose de sus dos márgenes. Los costarricenses dejaron muertos y heridos, dos cañones, algunas armas, municiones de guerra y uniformes militares. Entre las cosas que se tomaron había algo más importante aún: unas cartas del general Mora con detalles sobre el estado de sus tropas en el San Juan y pidiendo con urgencia el envío de refuerzos para poder sostener sus posiciones en el río.

²¹ "Border ruffians".

Los costarricenses fueron desalojados de la boca del Sarapiquí en la mañana del 13 de febrero¹², y al siguiente día Titus y unos 130 hombres subieron el curso del río en el vaporcito «Rescue» para atacar el Castillo. La punta de Hipp quedó a cargo de Anderson, y la disputa que surgió entre éste y Titus sobre supremacía vino a aumentar la desorganización y el desorden que ya reinaban en la tropa de Lockridge. Las desertiones eran frecuentes y las fomentaba, por supuesto, la protección y ayuda que los ingleses daban a los desertores. Las fuertes lluvias hacían desagradable la vida de campamento y arduas sus obligaciones, y había que trabajar mucho para proteger a la tropa del mal tiempo. Esto dificultaba los movimientos y era menester mucho cuidado para que las municiones estuviesen en estado de poderlas aprovechar. Había enfermos de fiebre; pero si se considera la vida a la intemperie y las fatigas a que estaba sujeta la tropa, la salud de ésta no era mala.

Por otra parte, las dificultades con que luchaban los costarricenses no eran pocas. Después de apoderarse del San Juan y del lago, Mora se comunicó con los Aliados de Masaya y se emprendieron maniobras que se referirán más tarde con mayores detalles. Basta decir por ahora que para estas maniobras fue preciso emplear mucha gente de la que Mora tenía en el río. Además, los costarricenses procedentes de las altiplanicies de la región de San José sufrían mucho de fiebre al llegar a las tierras bajas del San Juan. De suerte que por la necesidad que los Aliados tenían de tropas en la parte occidental de Nicaragua y las enfermedades, la guarnición del Castillo quedó reducida a un número de hombres insignificante, y, al presentarse Titus frente a él, Cauty, un inglés que lo mandaba,

¹² La guarnición de La Trinidad evacuó el punto por la noche del 13 de febrero de 1857. N. del T.

tenía veinticinco hombres, según unos, o cincuenta, según otros ¹³.

Cuando Titus desembarcó cerca del fuerte del Castillo Viejo, las casas del pueblo estaban en llamas y el vaporcito «Machuca» ardía también rápidamente. Sin embargo, se consiguió soltar el vapor «J. N. Scott», y aunque su maquinaria estaba bastante deteriorada fue fácilmente compuesta en dos o tres días de trabajo. Poco después de llegar al Castillo, Titus le mandó a pedir a Cauty que se rindiese; la respuesta fue una proposición de armisticio de 24 horas, con promesa de rendirse si la guarnición no era socorrida dentro de este plazo. Por extraño que parezca, se aceptó la proposición de Cauty, y para éste no fue difícil enviar un correo al fuerte de San Carlos con noticias de la situación en que se encontraba. Por supuesto, antes de expirar el armisticio, un refuerzo destinado a Cauty desembarcó a corta distancia del fuerte, aguas arriba del río, y al aparecer los costarricenses se retiró Titus en gran desorden y confusión. La retirada fue emprendida antes de averiguar, siquiera aproximadamente, el número de las fuerzas de socorro; y el hecho de que los americanos pudieran escapar sin proteger de ningún modo su retaguardia, prueba que el enemigo no era muy numeroso ¹⁴.

¹³ La guarnición del Castillo constaba exactamente de 37 hombres. N. del T.

¹⁴ En el relato de las acciones de guerra, Walker suele ser bastante verídico, excepto cuando se refiere a los costarricenses, a quienes siempre trata de deprimir. Así por ejemplo, en el presente caso dice que Titus, poco después de su llegada al Castillo, le mandó a pedir a Cauty que se rindiese, cuando es bien sabido que habiendo atacado Titus el Castillo el 16 de febrero de 1857, no mandó el parlamentario sino el 18, después de combates reñidísimos, de los cuales Walker no dice una palabra, siendo así que no podía ignorarlos; pero su silencio se explica cuando se recuerda que esos combates constituyen una gloria para las armas costarricenses. N. del T.

Después de que se retiraron, o mejor dicho, de que huyeron los americanos del Castillo, fueron a parar a la isla de San Carlos, situada río abajo, a pocas millas del fuerte. Lockridge hizo en esta isla algunas obras de defensa y construyó también, con mucho trabajo, albergues para protegerse del mal tiempo. El rechazo de carácter vergonzoso sufrido en el Castillo aumentó la desmoralización de toda la tropa que estaba en el río y por consiguiente tomaron incremento las deserciones. Por otra parte, era tal la hostilidad que reinaba contra Titus, que éste dejó el mando y se fue a San Juan del Norte con ánimo de seguir hasta Rivas por Panamá. Al llegar a San Juan del Norte, la insolencia con que habló a uno de los oficiales británicos fue motivo de que lo arrestasen durante algunas horas. Al mismo tiempo que arrestaron a Titus detuvieron el vapor «Rescue»; pero pronto lo soltaron, al ver que venía entrando en el puerto la corbeta «Saratoga» de la marina de guerra de los Estados Unidos. Este solo hecho pone de manifiesto cuán diferente habría sido la conducta de las fuerzas navales británicas si hubiese habido unos pocos barcos de los Estados Unidos en San Juan del Norte.

A fines de febrero envió Walker desde Rivas un edecán a Lockridge, por Panamá, para confirmarle la comandancia del río que se le había dado y hacerle saber lo mucho que importaba el pronto establecimiento de comunicaciones por la orilla o al través del lago. Se le mandó la orden de que si le parecía imposible tomar el Castillo y el fuerte de San Carlos sin hacer grandes sacrificios, abriera un camino desde el río hasta Chontales o hasta la margen meridional del lago y se viniese por tierra a Rivas. Más tarde se dirá el motivo de estas órdenes; basta manifestar por ahora que una de las razones principales que Walker tenía para sostenerse en Rivas, era el temor de que al llegar Lockridge al departamento Meridional pudiera verse en una si-

tuación difícil si encontraba la ciudad en poder de los Aliados. Baldwin llegó a San Juan del Norte hacia mediados de marzo y casi al mismo tiempo que unos 130 hombres de refuerzo procedentes principalmente de Mobila y Tejas y mandados por el mayor W. C. Capers y el capitán Marcellus French, respectivamente.

La fuerza de Lockridge había quedado tan reducida a causa de la desertión y las enfermedades, que con los refuerzos de Capers y French apenas llegó a 400 hombres efectivos; pero la mayor parte de éstos eran de excelente calidad y con otro jefe habrían podido hacer mucho. La tropa de French, especialmente, se componía de muy buenos elementos, según la opinión general; pero esta gente llegó demasiado tarde, encontrándose en el río con pandillas desorganizadas por la mala conducta y la mala fortuna. Sin embargo, Lockridge resolvió hacer otro esfuerzo para apoderarse del Castillo Viejo y preparó casi toda su fuerza con el objeto de atacarlo.

Habiendo desembarcado a corta distancia del Castillo, río abajo y fuera del alcance de la vista del enemigo, llevó su gente por un sendero dentro del monte, hasta una posición situada cerca de una altura que llaman el cerro de Nelson. Desde esta altura se domina el fuerte y los costarricenses la habían fortificado y ocupaban la cima. En las faldas del cerro cortaron algunos árboles, formando unos como caballos de Frisia, y en torno de la cumbre quitaron la maleza hasta cierta distancia, siendo difícil y peligroso acercarse. Después de reconocer la posición enemiga, Lockridge consideró imprudente correr el riesgo de un ataque, y habiendo reunido a los principales oficiales para pedirles su opinión, todos estuvieron de acuerdo en la conveniencia de retirarse sin atacar al enemigo. Esta resolución era juiciosa, porque el resultado casi inevitable de un ataque a las fortificaciones costarricenses habría sido una derrota. El momento oportuno para

tomar el Castillo se perdió por la incapacidad de Titus, y durante el mes que duraron los preparativos del segundo ataque, el enemigo no se cruzó de brazos. Aun cuando las obras de defensa de los costarricenses hubiesen sido menos fuertes, el estado moral de la tropa de Lockridge no era como para empeñarla en una empresa azarosa.

Después de retirarse Lockridge del Castillo, los soldados se pusieron a discutir planes para lo futuro y todos estaban de acuerdo, según parece, en la conveniencia de abandonar el río. Era evidente que el esfuerzo para reabrir el Tránsito había fracasado por completo; y el jefe, habiendo hecho formar su gente, le dijo que tenía el propósito de irse a Rivas, pasando por el istmo de Panamá, y que todos los que quisieran seguirlo diesen un paso al frente. Cerca de unos cien aceptaron la propuesta y los restantes fueron desarmados y virtualmente licenciados. Los que quedaron sin armas se pusieron enseguida a buscar los medios de llegar a la boca del río. Sin aguardar el vapor tomaron los botes que pudieron encontrar y algunos se fueron en balsas a San Juan del Norte. Aquella muchedumbre poseída de pánico se creía perseguida de cerca por los costarricenses, y la desesperación de salvarse que cada cual tenía aumentaba el miedo de los demás.

Los que consintieron en irse con Lockridge a Rivas bajaron el río con más calma que los fugitivos; pero la mala suerte los persiguió hasta el fin. Durante el viaje a San Juan del Norte voló el vapor «J. N. Scott», y varios de los que se proponían ir a Panamá perecieron y otros resultaron dolorosa y gravemente escaldados. Este accidente vino a desalentar del todo a los que aun le quedaban a Lockridge, y en el acto abandonaron la idea de atravesar el istmo neogranadino. Aquel plan resultaba de todos modos absurdo; porque era un desatino suponer, dadas las circunstancias, que a reconocidos enemigos de Costa Rica, arma-

dos o sin armas, se les permitiese atravesar en grupo el territorio de un Estado neutral, o, mejor dicho, el de una república hostil a los llamados «filibusteros».

Huelga decir que los ingleses suministraron con placer, a todos los que llegaron a San Juan, los medios de salir de Centro América. De suerte que a muchos de los expedicionarios desvalidos y chasqueados los mandaron a Nueva Orleans en el vapor «Tartar» de S. M. B., y los pasajes de otros fueron pagados con libranzas expedidas por el capitán Erskine, el cual se dejó las armas de Lockridge para garantizarse contra las pérdidas que pudiese haber en aquéllas. Al cabo de pocos días casi todos los que quedaban de las fuerzas de Lockridge habían abandonado las costas de Nicaragua y la mayor parte hablaban con acritud de la debilidad e incompetencia del hombre que había pretendido llevarlos río arriba. Sin embargo, al terminar la narración de las operaciones de Lockridge, no estará tal vez por demás decir que Walker se negó a escuchar las censuras dirigidas contra el infortunado comandante, hasta no enterarse plenamente de los hechos, y no fue sino al oír de boca del propio Lockridge la historia de su empresa, cuando Walker se formó una opinión sobre los méritos del jefe de la expedición del San Juan.

Durante las tentativas que hizo Lockridge para reabrir el Tránsito, los esfuerzos de los amigos de Nicaragua en los Estados Unidos fueron más activos y fructuosos que en todo tiempo anterior. Los Estados del Sur, convencidos de que les era imposible llevar esclavos a Kansas, estaban dispuestos a concentrar sus trabajos en Centro América; y los hombres que fueron al San Juan, no sólo eran de buena calidad, sino que se les proveyó de pertrechos y equipos excelentes. Si este esfuerzo y estos gastos se hubiesen hecho tres meses antes, los americanos habrían quedado establecidos en Nicaragua de manera inmovible.

Desde el fracaso de Lockridge se han puesto en juego numerosas influencias para restablecer la línea americana de viaje al través del istmo de Nicaragua; pero siempre inútilmente. En los momentos precisos en que la juventud americana procuraba forzar la apertura del Tránsito en provecho de los dueños de la concesión otorgada por Rivas el 19 de febrero de 1856, éstos estaban tratando traidoramente con el gobierno de Costa Rica y buscando el modo de que una potencia que no tiene ni la sombra de un derecho para hacerlo, les concediese el privilegio. Ha habido rumores de concesiones de Costa Rica y de concesiones de Nicaragua, y el gobierno de la última república ha hecho arreglos con diferentes compañías para reabrir el Tránsito. Los que en Nicaragua quieren mantener a los americanos fuera del país saben bien lo que les importa tener cerrado el «Camino real del filibusterismo», y todo lo que se hace tocante a concesiones para el Tránsito, no es más que «un engaño y una trampa». También se ha anunciado con frecuencia, semioficialmente, que el gobierno de los Estados Unidos estaba resuelto a abrir un camino al través de Nicaragua; pero como no se ha dado ninguna razón que justifique un acto tan violento de parte de los Estados Unidos, debe presumirse que estas declaraciones no tienen más objeto que impresionar al pueblo. Es lo cierto que el gobierno americano cortó con un acto arbitrario de fuerza el único esfuerzo que desde el mes de diciembre de 1856 se ha hecho, con visos de buen éxito, para que el tránsito por Nicaragua volviese a poder de ciudadanos de los Estados Unidos. En diciembre de 1857 el coronel Anderson, a la cabeza de 45 hombres, tomó los barcos del río y un vapor del lago a los costarricenses, restituyéndolos al agente que los reclamaba en nombre de los propietarios americanos, y a no ser por la conducta de las fuerzas navales americanas se habría podido restablecer en treinta días el tránsito por

el Istmo. Los enemigos de los nicaragienses naturalizados cerraron el Tránsito y ellos son los que lo mantienen cerrado.

Pero ya es tiempo de volver a Rivas y de seguir el curso de los acontecimientos por el lado del Pacífico.